

*Poética Completa (1963-1988)**, de Angel García López, nacido en Rota (Cádiz), en 1935, nos permite indagar con visión de conjunto en un modo de hacer y entender líricos de extraordinaria importancia. Y aunque no sea la biografía un método crítico seguro nos guiaremos por ella más con voluntad de comprensión y entendimiento de una cosmovisión que con afán valorativo.

Precisamente una cita de Angel García López, sacada de *Apuntes para una poética*, nos sirve de punto de arranque en este nuestro intento de compaginar vida y proceso creador: «Partir del mundo, de esto que estás pisando ahora, con el breve, brevísimo, equipaje que dan la observación y la experiencia. No hablar nunca de oídas. Convénctete del todo: en poesía lírica lo que no es autobiografía es sólo plagio». En ese «partir del mundo» hay un reconocimiento implícito del Rilke que, para escribir un solo verso, preconizaba la necesidad de haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; de conocer los animales; de saber el movimiento de las flores al abrirse por la mañana. De vivir, en suma. De dar cuenta de sí, de interpretar el tiempo desde la propia experiencia y con palabra viva. O, como dice García López, «escribiendo el mismo poema que los otros», aunque, eso sí, «haciendo el verso tuyo», dándole «tu impronta, tu factura, tu sello personal». La psicología del autor, qué duda cabe, si la conociéramos, nos remitiría a la comprobación de tales intenciones, fidelidad cumplida o no, en sus obras. Nos acercamos, entonces, a éstas siguiendo el rastro biográfico y desde su contexto —el sujeto poemático está, siempre, muy identificado con el autor— buscamos a la persona, al hombre, al «yo soy» tantas y tantas veces subjetivado e impreso de esta *Obra Poética Completa*.

Hasta tal punto es así que nos atrevemos, desde la muy general perspectiva de los títulos, a hacer una clasificación de las obras de García López. Formarían un primer grupo, por protagonizar vivencias desde su mismo enunciado titular, las siguientes: *Emilia es la canción* (1963), *A flor de piel* (1970) y *Memoria amarga de mí* (1983). En un segundo grupo, donde tras el azogue del significante brilla la imagen de una realidad vital, estarían: *Tierra de nadie* (1968), *Volver a Uleila* (1971), *Trasmundo* (1980), *Los ojos en las ramas* (1981), *De latrocinios y virginidades* (1984) y *Medio siglo, cien años* (1988). En el tercer grupo apuntaremos aquellos títulos que, a pesar de ciertos registros diferenciadores del contenido, aportan rasgos sémicos de insoslayable subjetividad en su núcleo nominativo: *Elegía en Astaroth* (1973), *Retrato respirable en un desván* (1974), *Mester andalusí* (1978) y *Auto de fe* (1979). Incluso *Comentario de textos* (1981), la más breve entrega de García López, se nos antoja como un apartado significativo de filias literarias que, cómo no, destaca gustos personales, celebra admiraciones y confirma amistades. Tenemos que citar la de Eladio Cabañero. Y, sea inciso, recordar para curiosos e impertinentes la conveniencia de ojear las dedicatorias que, con tanta frecuencia, revelan deudas y consorcios sin, afortunadamente, compromisos para este hombre —hijo, esposo, padre— amantísimo de los suyos.

Volviendo sobre los catorce títulos que, hasta hoy, conforman esta *Obra Poética Completa* y repasando las fechas de edición podemos decir que vida y proceso creativo se

* Angel García López. *Obra Poética Completa (1963-1988)*. (2 tomos). Torre Manrique Publicaciones, S. A. Madrid, 1988.

han cumplido en plazos muy próximos. Es la edad —treintena, cuarentena, medio siglo— un dato constatable. Obra acabada es obra publicada. Los premios, siempre (*Emilia es la canción* y *Comentario de textos*, excepciones) avalando la salida. Son excepciones igualmente, según la cronología editorial antes indicada, *Auto de fe*, becado por la Fundación Juan March en 1971 y escrito por ese año, y *Volver a Uleila* un libro éste que, por su tono y ciertos motivos, nos hace pensar en años anteriores, quizás en los de *Tierra de nadie* e, incluso, en los de *Emilia es la canción*. Algo parecido ocurre con *Los ojos en las ramas*, fechado en 1981, que nos retrotrae al «setenta y tantos» —subtítulo, por cierto, que no figura en la actual edición— cuando el hijo del poeta hace su Primera Comunión, la hija estrena su primer diente y, números cantan, Gerardo Diego cumple los ochenta años. No hemos olvidado, por supuesto, que la segunda parte de *Volver a Uleila*, un conjunto de sonetos, está incorporada a *Los ojos en las ramas*, obra posterior; lo que, en buena lógica, podría ratificarnos el parecer que de aquel libro dimos antes: acumuló sonetos de una primera etapa.

Curiosa nos parece la actuación de Angel García López con sus libros de sonetos. Con los sonetos, también, que intercala en casi todos sus libros. Con el soneto que, inédito, «De cómo, con los Santos Inocentes, vino Jandrín...», incorpora en *Los ojos en las ramas*. Advertimos un valiente y perseverante afán del poeta por dejar en esta estrofa constancia de una voz —algo siempre reconocido— y de un estilo que, por personal y lingüísticamente enfático, se resiste al ambridaje del soneto cuando en él, bien se advierte en *Trasmundo*, la intensidad emotiva no se resuelve con lenguaje sencillo. No hay sonetos en *Mester Andalusí*, ni en *Auto de fe*, ni en *Elegía en Astaroth*. El peso de la rima —suponemos— y el uso obligado de la palabra esterotipada romperían el conjunto, el preciosismo idiomático de tales piezas. En este pulso del poeta con el soneto no sólo advertimos rasgos de una personalidad muy acusada sino la voluntad, también, de fijar en esta estrofa la impronta de un estilo que, por momentos, logra y le identifica: «No te debí mirar. Desconocerte/o rogarle a la muerte me cegara./Nunca mirar. Debí volver la cara,/cerrar los ojos o mirar sin verte». Sí nos parece claro en este aspecto que el ángel de los sonetos no es el Angel que sobrevuela por las demás estrofas.

Hemos subrayado una nota del quehacer literario de García López que, bien mirada, podría servirnos de guía en el estudio de una obra en evolución: que arranca, se desarrolla; que madura, que culmina. Podíamos, no obstante, haber calado la obra por su cara más vistosa y segura; por donde el do de pecho siempre fue aplaudido. Pero, ¿estaríamos, en este caso, ante el mismo hombre? Si el poeta, como dijera Julio Mariscal, no «sudara» sus versos y, como sostiene Angel, no ganase «con sudor» el prodigio, ¿podría jamás haber escrito un libro tan verdadero y tan regalado como *Memoria amarga de mí*? Rezuma cansancio; transparenta el amor. Si García López no hubiera pasado por el quirófano, un 14 de noviembre de 1978, ¿habría escrito «de oídas» un libro como *Trasmundo* en donde el poeta, dolorido espectador, da cuenta de su acabamiento físico con la más natural y auténtica palabra? Estamos con este libro, de nuevo, ante un punto de referencia biográfica cierto y cardinal. El protagonista poemático, fisiológica y psicológicamente considerado, tiene nombre y apellidos: los de su autor. Minucia insignificante que no desmerecería un ápice la veracidad del contenido sería la cons-

tatación de que el proceso creador sea tan inmediato como se apunta en los títulos —madrugada, mañana, mediodía, tarde, anochecida, noche— al proceso evolutivo de la enfermedad. Son razones de «falacia genética». Nos basta suponer que hubo un momento emocional (o una palabra) para, cuando fuera, reconstruirlo, modelarlo, testificarlo. En cualesquiera de los casos, mes antes o mes después, García López se nos estaría mostrando como un poeta que canta lo vivido, lo sufrido, desde sus propias huellas de identidad con la sabiduría que da la observación y el palpito que da la experiencia.

No hallamos reparos que nos impidan reconocer al poeta en sus versos. Se puede ubicar su voz —«pintura biografemática» y «colección de los instantes todos» como dice Jaime Siles, en el Prólogo— en un tiempo y en un espacio. El «aquí», lugar de juventud y días de amor, domina en *Emilia es la canción*. El «allí» en *Tierra de nadie*, cuando la evocación y la nostalgia conjugan la intrahistoria del poeta ofreciéndonos los «fantasmas de aquel niño/que yace en la treintena de mis años». El «ahora» es la cuña que García López clava en la cita de Quevedo —«Ya no es ayer, mañana no ha llegado»— para encontrarse consigo mismo en *A flor de piel*. Esta obra, precisamente, es clave y fundamento para, en sus coordenadas, situar la consolidación de un estilo, comprender a un autor y referenciar toda su *Obra Poética Completa*. Los temas y los motivos, «señales» en las anteriores entregas, se afianzan y convierten en la obsesión del poeta que, una y otra vez, el cómo matizando, trabaja en los poemas. Destacamos la semejanza estructural que, con desembocadura en el gusto, advertimos entre los poemas «Envoltura para guardar naranjas» y «Ninguno puede olvidar su memoria»; o, con raíz en el muchacho en quien un río toma cuerpo, «Como un rumor, un viento del Sur que nos cegara» y el titulado «Y pasé viejas calles bebiendo sol, acacias»; y «Arte cisorria» y «Por entonces tenías los labios inflamados de morderte ahí mi nombre» que zigzaguean por razones de argucias, juegos de contrarios, reticentes fantasmas. Mas habíamos apuntado motivos, temas, sí. Hay lexemas dominantes que se abren en campos léxicos cuya nominación ratifica las claves y, en definitiva, da cuentas de una ética y una estética. Señalamos, cálamos corriente, algunos de dichos campos convencidos de que, palabra a palabra, podría servirnos cada uno para hacer un estudio interesante y clarificador de la poesía de Angel. Observe el lector la simbología del «agua» y el especial valor denotativo/connotativo que toma a partir de *Trasmundo*. Pero vayamos a los campos: familiares (esposa, hijos, padres, amigos), geográficos (Sur, sur, Castilla, ríos, montes...), históricos (mitos, héroes, ruinas, testimonios...), vivenciales (infancia, juventud, dolor, amor, recuerdos, temores...), simbólicos (ríos, agua, ramos, trinos, almohada...), botánico—zoológicos (flora y fauna abundantes) y eróticos (cuellos, senos, vientres...).

Retahílas de campos semánticos, de palabras. Bueno sería, tras sus rasgos sémicos, buscar el calor personal, el espíritu que las anima. Nos quedan, sin embargo, tres libros esenciales que comentar, *Elegía en Astaroth*, *Mester andalusí* y *Auto de fe*, y a ellos les dedicaremos, en parte, tales diligencias.

Las tres obras citadas nos presentan a un hombre, hijo del Sur y con los ojos y el sentir puestos en su Andalucía, cuyo entrañamiento y concienciación es tanto más hondo y peculiar cuanto, en apariencia, los libros tienen de corteza envolvente y aparato histórico. Nos explicamos. García López rinde homenaje al mundo fenicio, griego, púni-

co, árabe. Narra, describe, pinta, objetiva; vive, ama, padece, interioriza. En el texto, lo formal, el ritmo, el culturalismo, la estética del lenguaje, van a la par de la evocación, la sugerencia, la vividura, el estremecimiento. El autor se «personaliza» en arroyos, ramos, sol, luz, aire. Su voz, así social, denuncia, acusa, clama, reclama: «Y nos vuelva una patria feliz restituida más allá de la noche, más allá del silencio». Su voz, así fiel, enraiza, idolatra, rememora: «Rama/que fui. Narciso mío, reflejado en el lago/de la niñez y el Sur». Voz, en verbo y verso vivos, así sabiéndose, entregándose: «Mi cuerpo es la palabra».

No nos quedan dudas: el hombre se ha hecho verso, poesía. Toda la experiencia humana de un ser —cuerpo en la letra, espíritu en la sinfonía, personalidad en las formas, entendimiento en la realización— ha sido fielmente reflejada por un poeta con voluntad biográfica para ser él, Angel García López. Para, en su palabra, tener su propio ámbito, su estilo. Su poesía. Para que en su misterio y universalidad el hombre sea.

Eugenio Bueno

El lugar de la desesperanza*

Un cantante comprometido —que ha hecho carrera en el exilio, pero cuya estrella comienza a declinar— retorna temporalmente a Chile sin planes preconcebidos. En el aeropuerto se entera de que la viuda de Neruda ha muerto: «una dolorosa noticia que trazaba un itinerario para las horas inmediatas» y decide asistir al velorio. Allí se reencuentra con viejos amigos y comienzan sus dificultades, en especial, cuando se cruza algo casualmente con un antiguo amor en un bar cercano. Los acontecimientos —no tan imprevisibles— y las decisiones se precipitan en el interior de un espacio y un tiempo vertiginosamente limitados: desde el velorio de Matilde Urrutia hasta poco después de su turbulento entierro; desde el crepúsculo hasta la mañana siguiente, pasando por un paseo nocturno que Judit y el cantante realizan por un paraíso de olores y jardines, es decir, las calles de un barrio residencial convertidas —por obra y gracia del terrorismo de Estado— en un mezquino infierno.

La desesperanza de José Donoso se hunde en la realidad chilena de nuestros días. En varios de sus episodios memorables, reaparece cierta representación esperpéntica de

* José Donoso, *La desesperanza*. Barcelona, Seix Barral.